



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones á este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. 24 rs.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Meliado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Una ascension al monte Ararathe. (Continuacion).—Romera de San Isidro, por don Esteban Garrido.—La expedicion de sir Jhon Frank in al polo Septentrional —Blidah y las minas de Mouzaia, por don A. J.—Maravillas del arte y de la industria, por don F. F. Villabrille.—La Huerfana del Pirineo (continuacion), novela por don José Maria de Goizneta.

GRABADOS. Vista de Armenia.—Muger é hija de Ali.—Vista general de las minas de Mouzaia.—Ali, obrero de las minas de Mouzaia.—Una calle en Blidah.—Tipos orientales. Una tienda en Constantinopla.—Barbero armenio.—Café sobre el Bósforo.—Mugeres turcas en un cementerio.

Una ascension al monte Ararathe.

(Continuacion.)

La expedicion no llegó hasta la misma aldea, á causa del terreno que en extremo desigual y peñascoso no permitia el paso á los carruages destinados á la conduccion de instrumentos, provisiones, etc., y se vieron obligados á pararse al pie de los viñedos venerados que la rodean. Era imposible ir de otro modo que á pie ó á caballo, y preciso buscar para los bagajes otro medio de transporte. El doctor Parrot se dirigió con el intérprete á la aldea, vió al gobernador y obtuvo no solo una amable hospitalidad, sino que le dió doce ó catorce bueyes con los que pudo trasportar sus bagajes hasta el pequeño monasterio armenio de Santiago. En este monasterio situado mil y media por cima de Argusi fué donde el doctor se propuso establecer su cuartel general. Arribó á él el 23 de setiembre por la noche.

El 24 la expedicion se puso en marcha. Acompañábala un cosaco y un paisano de Argusi, cazador y muy inteligente del

terreno. A las dos horas de ascenso, el cosaco declaró que no podia andar mas, y se volvió al monasterio, pero el cazador Isaac mostró mas animo y mejor voluntad. El dia fué penoso, Parrot y Schimiann, uno de los alumnos, sufrieron un calor sofocante; á las seis de la tarde estaban ya próximos á la region de las nieves perpétuas, pero sintiéndose sin fuerzas para seguir mas adelante sin reposar un poco, buscaron entre los peñascos de que estaban rodeados el sitio mas á propósito para pasar la noche. Habiamos ganado, dice, una altura de doce mil trescientos pies, sin tener mas lecho que la dura roca ni mas estufa que la cabeza helada de la montaña. En los dias abrigados se conservaba aun nieve fresca, y la temperatura del aire estaba á cero. Mi compañero y yo tomamos algunas precauciones contra el frio, la alegría que nos causaba nuestra empresa contribuia no poco á calentarnos, pero Isaac con sus vestidos de verano tiritaba horrorosamente, le envolvimos en unas hojas de papel gris destinadas á secar las yerbas, y con esto pudo pasar la noche tranquilamente.

Cuando salió el alba nos pusimos en marcha en la direccion de la vertiente oriental de la montaña, y llegamos bien pronto al último tramo que continúa sin interrupcion hasta su cúspide formada de bancos y de rocas agudas, separados por zanjas enormes llenas de hielo; atravesamos felizmente el primer banco, y el monton de hielo que se estiende al otro lado. En el alto ya del segundo banco, Isaac perdió su valor, sus miembros, entorpecidos por el frio, no habian vuelto á recobrar su calor natural, y como las regiones cada vez mas elevadas que atravesábamos no podian ofrecerle una temperatura mas agradable, le dimos orden para que se bajara. Solo Schimiann, aunque poco habituado á las escabrosidades de las montañas, permaneció á mi lado participando con el vigor de un jóven y la resolucion de la edad madura, de todos los peligros que instantáneamente se aumentaban.

Atravesámos el segundo monton de hielo, y costeamos el tercer banco; despues, elevándonos oblicuamente, llegamos á la altura de trece mil trescientos cincuenta y cuatro pies; del otro lado de las rocas la estremidad inferior del ventisquero se estendia sin solucion de continuidad hasta la cima.

Se trataba de ganar este ventisquero. Bien que su inclinacion no pasase de treinta pasos, no podiamos pretender su ascension en linea recta, y siguiendo una direccion oblicua, abriendo camino con los bastones en el hielo cubierto con una capa de nieve fresca demasiado ténue para que ofreciera apoyo seguro á nuestros pies, ganamos un largo banco de rocas, á cuya cima subimos, gracias á la nieve recientemente caída con grande abundancia.

Apenas llegamos á la estremidad de este banco, y á una altura ya de quince mil cuatrocientos pies, es decir, casi á la misma altura del Monte Blanco, veiamos elevarse delante de nuestros ojos la cúspide del gran Ararathe siempre mas grande á medida que mas nos acercábamos.

Ningun obstáculo insuperable se presntaba ya que pudiera detenernos; evidentemente podiamos, á quererlo así, flanquear en el mismo dia cuanto nos faltaba para tocar en la cúspide, objeto de nuestros esfuerzos y deseos; pero por una parte nos sentiamos fatigados, y por otra, como necesitábamos todo el dia para llegar si continuábamos elevándonos, ¿dónde pasaríamos la noche? Encontrariamos mas alto un peñasco donde guarecernos contra el frio? Ademas nuestras provisiones se iban agotando. Despues de consultarlo, tomamos el partido de descender, teniéndonos por dichosos con habernos persuadido que la montaña no era inaccesible por este lado, y despues de hacer algunas observaciones barométricas, nos volvimos por los mismos pasos.

La bajada era mas peligrosa que la subida, desde luego al descender, el pie no está tan firme como cuando se asciende, y por mas prevision que se tenga, no se puede en



Torre de los Khans en Nakhchivan (Grande Armenia.)

ciertos momentos moderar el paso como se quiere, y nos vemos arrastrados á nuestro pesar, á acelerarle especialmente cuando no se está acostumbrado á tales escursiones. Repito que era ésta la primera vez que Schimiann se aventuraba á tan grande altura, y ya fuese porque caminaba de prisa, sea que no llevase toda la prevision necesaria, se resbaló en la superficie del ventisquero y cayó sin poderse contener. Afortunadamente en el momento de su caída estaba veinte pasos detrás de mí y me dió tiempo para clavar mi baston en la nieve, y asíéndome á él de la mano derecha con toda la fuerza posible, agarré con la izquierda á mi compañero cuando pasaba junto á mí. El choque que experimenté fué tan violento, que aunque le resistí al principio, las correas que sujetaban las lañas á mis zapatos para andar por la nieve se rompieron como si hubiesen sido cortadas con una navaja de afeitar, caí á mi vez no pudiendo sostenerme en las suelas resbaladizas con el peso que retenia. Mr. Schimiann, á quien solte, continuó su interrumpido descenso hasta que se detuvo en dos grandes piedras, y yo rodé cerca de un cuarto de milla hasta detenerme en un monton de nieve. En mi caída se rompió el tubo del barómetro, mi cronómetro se abrió y manchó de sangre cuantos objetos conducía en mis faltriqueras, lanzados por el aire descendieron con mas prontitud que yo: felizmente no recibí ninguna herida grave ni tampoco Mr. Schimiann sacó mas que unas ligeras contusiones. Cuando nos repusimos de nuestro primer sobresalto, dimos gracias á Dios por habernos salvado tan milagrosamente las vidas, y después de recoger los objetos mas importantes de los estraviados en la caída, nos pusimos en marcha por segunda vez. Atravesamos el pequeño ventisquero abriéndonos paso, y desde el banco de las rocas oímos la voz de Isaac que tuvo la atencion de esperarnos en el mismo sitio, y juntos tuvimos la satisfaccion de pasar la noche en un sitio donde habia ya vegetacion, y al rededor de un fuego de yerbas que se encendió para calentarnos. Al tercer día, á las seis de la mañana, entramos en nuestro deseado monasterio y nos regalamos con un buen desayuno y excelente pesca, teniendo buen cuidado en no referir á los armenios nada de la caída, porque seguramente la hubieran considerado como un justo castigo de Dios á la insensata tentativa de ascender á una montaña cuya aproximacion habia prohibido á los mortales.

Al día siguiente de su vuelta al monasterio, el doctor Parrot tuvo un ligero acceso de fiebre que cedió dichosamente á una severa dieta. Sin pérdida de tiempo se ocupó de los preparativos para la segunda tentativa que se proponia hacer hasta ganar la cúspide de la montaña. Repará su termómetro, enganchó á su servicio paisanos y acémilas, reunió provisiones, etc. En fin, el 30 de setiembre, seis dias después de la caída peligrosa, á las ocho y media de la mañana se puso de nuevo en marcha llevando consigo á los dos alumnos, al diácono Abovian, cuatro paisanos de Arguri, tres soldados rusos y un jornalero encargado de la conduccion de cuatro bueyes. Antes de partir se hizo bendecir y ungir con el Santo Oleo por el archimandita ó superior del monasterio, una cruz de abeto barnizada de negro destinada á plantarla en la cúspide de la montaña.

Esta segunda tentativa, como el doctor lo habia presentado, no tuvo un éxito completamente feliz. La pequeña caravana, llegó, no obstante, sin grave dificultad á la linea de las nieves eternas, pero desde allí, apenas subimos doscientos pasos, la aspereza de la pendiente se aumentó hasta tal punto, que nos vimos obligados á cortar la nieve con unas pequeñas hachas. El que marchaba primero hacia senda suficiente para elevarse mas, los que seguian ensanchaban la vereda á su vez, y de este modo se abria un camino excelente para la bajada, donde tanta necesidad habia de apoyo seguro.

Esta necesidad absoluta en que se hallaban de abrir camino en la nieve á medida que subian, unida á las dificultades extraordinarias que ofrecia el transporte de la cruz, no permitia al doctor Parrot y sus compañeros elevarse mas que seiscientos pies por hora en la region de la nieve, bien que subiesen mil en el mismo espacio en la region de las rocas. Después de dar la vuelta á una pendiente demasiado áspera para ganarla en linea recta, se pararon algunos ante una zanja de cinco pies de ancho, y tan profunda que no se alcanzaba su término con la simple vista. Dichosamente descubrieron un puente de nieve que atravesaron con tanto mas trabajo, cuanto que el borde superior de la zanja estaba mas repinado que el inferior. Cuando todos habian franqueado tan difícil y peligroso paso, subieron una pendiente dulce y se encontraron con un plano de nieve casi horizontal á la cúspide del Ararathe, pero en ese trance creyeron prudente retroceder en su camino. Segun sus cálculos, se necesitaban tres horas de marcha forzada para llegar á la cúspide; el día estaba muy adelantado, y comenzaba á soplar un viento húmedo, precursor acaso de un huracan de nieve. No se bajaron sin haber plantado antes en aquella superficie de nieve la cruz que con tanta dificultad habian conducido. Se cavó un hoyo de dos pies de profundidad, y se fijó la cruz tupiéndola con trozos de nieve. El lugar en que se fijó era visible desde Erivan, y como pintada de negro se destacaba entre aquellos montes de nieve resplandecientes con tanta blancura, y podia descubrirse con el auxilio de un buen telescopio. Antes de levantarla se habia embutido en ella una placa de plomo de una arroba de peso con la inscripcion siguiente:

NICOLAS PAULI FILIO
TOTIU BUTHENIE AUTOERATORE
JUBENTE
HOC ASILUM SACROSANTUM
ARMATA MANU VINDICABIT
FIDEI CRISTIANE
JOANNES FREDERICI FILIUS
PAS HERVITSCH AB ERIVAN
ANNO DOMINI. MDCCCXXVI.

Concluida esta ceremonia, el doctor Parrot suspendió se barómetro de la cruz á fin de determinar la elevacion á que se hallaban sobre el nivel del mar, que si no está equivocado era diez y seis mil veinte y ocho pies. Dieron su último adiós á la cúspide y bajaron antes de anoecer, sin contratiempo alguno á la llanura de Hip-Ghioll. Allí se calentaron alrededor de un buen fuego, y después de cenar se guarecieron al abrigo de los mármoles que habia esparcidos en aquella llanura. Al día siguiente, 2 de octubre, á las diez de la mañana, dieron la vuelta al monasterio de Santiago.

El doctor Parrot estaba mas animado que otras veces. Este segundo ensayo le habia convencido evidentemente que la cima del monte era accesible al pie humano, y solo pensó en subir; el 7 de octubre hizo los preparativos necesarios para la tercera escursion, y el 8 salió del monasterio á la cabeza de su pequeña caravana; poco antes del medio día llegó á la llanura de Hip-Ghioll donde después del desayuno y algun reposo volvió á emprender su marcha separándose alguntanto de la direccion que habia llevado en la precedente. Los bueyes reusaron subir mas á los pocos pasos, y fué preciso que se les descargara y que cada uno echase sobre sus espaldas las provisiones, mantas y combustibles. A las cinco de la tarde se acampaba ya á la altura de trece mil ochocientos pies sobre el nivel del mar, setecientos treinta pies mas alto que en la primera ascension. Grande ventaja era esta para la jornada del día siguiente. Se encendió el fuego al momento, dice el doctor Parrot, se preparó algo caliente para comer, yo me contenté con una sopa de cebollas, alimento que recomiendo mucho á los viajeros que suben grandes montañas, como extremadamente reparador y confortante, preferible á la carne y á las sopas de sus caldos. Desgraciadamente el diácono Abovian no quiso tomar su parte de tan excelente comida porque era día de fiesta y ayuno. Los otros armenios ayunaron tan exactamente como él, y se contentaron con un poco de agua y agardiente; pasó una tarde deliciosa mirando alternativamente el semblante alegre de mis compañeros, al cielo puro y brillante sobre el cual se destacaba con una grandeza maravillosa la cúspide de la montaña, y á la noche oscura que se extendia á lo lejos en las profundidades de los valles que dominábamos. El termómetro de Fahrenhasts marcaba cuarenta grados, temperatura elevada para aquella altura; yo me acosté al pie de un peñasco de lava, y dormí profundamente mientras que mis compañeros se entretenian en charlar alrededor del fuego.

Nos levantamos al amanecer, y á las seis y media nos pusimos de nuevo en marcha; media hora nos bastó para ganar los últimos fragmentos de las rocas que nos separaban de la region de las nieves perpétuas. Entramos en esta region por el mismo sitio donde penetramos la primera vez, después de habernos desembarazado de todos los objetos que ya no nos servian. Pero desde que la dejamos habia sufrido un cambio para nosotros poco favorable; la nieve fresca se habia derretido, y fué preciso abrirnos paso; no nos desanimamos a vista de ese contratiempo, y trabajamos con tanto ardor, que á las diez pisábamos la llanura, que en la primera escursion solo pudimos alcanzar á las doce, y sobre la cual plantamos nuestra cruz. Estábamos á media milla, y nos parecia tan pequeña, acaso por su color negro, que empecé á dudar si con un buen telescopio pudiera verse desde la llanura del Ararat.

En la direccion de la cúspide teniamos delante de nosotros una cuesta menos alta que la que acabábamos de subir, entre esta cuesta y la cima no habia mas, por decirlo así, á nuestro parecer mas que una ligera ondulacion de hielo. Después de un corto reposo trepamos por esta cuesta, la mas áspera de todas, luego por otra que la sucedia, y entonces en lugar de ver delante el término de nuestros esfuerzos, descubrimos una cadena de grupos rocallosos que elevándose inopinadamente sobre nuestra vista ocultaba la cúspide del monte. Nuestro valor no habia decaído en tanto que suponiamos conocer las dificultades que habiamos de superar, pero en ese momento quedamos singularmente abatidos. Reflexionando, con todo, lo que habíamos practicado, y lo que faltaba por hacer considerando la proximidad á la cadena de grupos rocallosos, y echando una mirada á mis compañeros, senti desvanecerse mis temores y me dije á mi mismo: «valor, adelante.» Ganamos dos picos, sin detenernos, y entonces el aire de la montaña vino á darnos en la cara, me abalancé el primero al tercer grupo, y vi delante de mis ojos llenos de satisfaccion el punto mas elevado del monte Ararathe. Un último esfuerzo nos fué necesario para subir abriendo paso por la última pendiente, y el 9 de octubre á las tres de la tarde oprimimos bajo nuestros pies la cima de la montaña.

(Se concluirá.)

Romería de San Isidro.

Si quieres broma, lector,

amen; alabo tu idea:

¡bendito mil veces sea

San Isidro el labrador!

Quédese la villa sola

y en ella nuestros pesares:

vámonos al Manzanares,

¡qué diablo! y rueda la bola.

¿Qué nos importa á nosotros

de tiros ni de troyanos,

si no son nuestros hermanos

ni los unos ni los otros?

Y si en matarse se empernan,

pues que tan sério lo toman,

bien, con su pan se lo coman:

al que se muere lo entierran.

Con que... á la ermita, á la ermita,

en coche ó en calesin;

que en España, ó no hay *esplin*,

ó con fandango se quita.

Llevoos vuestro capricho,

como peras en banasta;

pero con lo dicho basta:

Allons, y lo dicho dicho.

Que es muy justo celebrar

el día Quince de Mayo,

en la patria de Pelayo
la fiesta mas popular.

Fiesta, en la que todo escita
á despesetar cartuchos,
y en la que hay bromazos muchos
de San Isidro en la ermita:

Fiesta alegre y bullanguera,
en la que el mas *comme il faut*,
se emborracha, habló *caló*
y retoza en la pradera:

Fiesta, que preside Baco,
y en la que, merced al mosto,
suelen hacer buen agosto
los discípulos de Caco:

Fiesta, por fin, española
En la que el *goddem* mas frio
parias rinde al poderio
del *re-Dios!* de una ex-manola.

Sucumbiendo ante el encanto
de costumbres tan sencillas,
á todos hace cosquillas
la romería del Santo.

Y como el *espleen* no agobia
á la gente castellana,
vânse todos de jarana
hacia el puente de Segovia.

Tambien yo, á quien en descargo
del tedio que me amodorra,
le pide el cuerpo camorra,
á San Isidro me largo.

Quiero ver si allí me tomo
el desquite, en buena guerra,
del atracón de Inglaterra
que me di en el hipodromo.

Quiero ponerme hecho un zaque,
de *frasquetes* y roscones,
y tropezar con jamones
exentos de *miriñaque*.

Quiero almorzar poco y mal,
y en un figon no barato,
donde haya *entrecottes* de gato
y *fricandeau* de *cheval*.

Quiero trotar, como todos
de la ermita á la pradera,
y hacer el oso á cualquiera
que tenga españoles modos.

Que en San Isidro la moda
nunca pudo tomar vuelos,
si no lo es que á medios pelos
se ponga la gente toda.

Allí encuentran las chiquillas
del mérito mas escaso
un amante á cada paso,
y amante de... campanillas.

Allí marchan confundidos
los agentes y los *lladres*,
medio asustadas las madres,
y escamados los maridos:

Y en maldecir los mas parcos,
al contemplar tanto cuerno,
esclaman—«¡voto al infierno,
es hoy día de San Marcos!

Maldiciones imprudentes,
que prueban pericia escasa,
pues que con los cuernos pasa
lo mismo que con los dientes.

Al nacer, estos y aquellos
duelen con fuerza espantosa;
pero son una gran cosa,
cuando se come con ellos.

Allí, ¡sensible flaqueza!
hay quien compra su retrato,
comprar creyendo un silbato
con ramos en la cabeza.

Allí se baila un bolero,
que á veces se finaliza,
armando cada paliza
que vale cualquier dinero.

Y treguas dando á la murria
que hoy aflige al mas beato,
y á la citara de Erato
prefiriendo la bandurria,

Lucen ciegos sin conciencia,
sin empacho y sin engorro,
la hermosa voz de piporro
que les dió la Providencia.

Y meneando las tabas,
y alternando con la bota,
hay ciudadana que agota
diez botijos de las Navas.

Y en anchos corros dipuestas,

después de las merendonas,
bailan cuatro mil personas
con tres mil lobos á cuestas.

Y hay merengues cuya tapa
encubre dichas falaces,
y dulces mas eficaces
que una toma de Jalapa.

Y hay cocheros hotentotes,
á cuya incivil malicia
suele hacerse allí justicia
con estacas y garrotes.

Y hay trifulcones á miles
y golpes y riñas hartas,
en las cuales toman cartas
salvaguardias y alguaciles.

Y hay en fin, tanto vehiculo
y broma y jaleo tanto,
que... con permiso del Santo
no caben ya en este artículo.

ESTEBAN GARRIDO.

La expedición de sir John Franklin al polo Septentrional.

La expedición al polo Septentrional emprendida en el año de 1845 por sir John Franklin, de cuya suerte y paradero aun no se ha podido lograr noticia alguna apesar de los extraordinarios esfuerzos y sacrificios del gobierno inglés, sigue llamando vivamente la atención general, que creemos no dejarán de leer con el mayor interés nuestros lectores los siguientes detalles relativos á la misma.

En el año de 1844, resolvió el gobierno británico, con audiencia de la Academia real de Ciencias, el organizar una expedición con el objeto de descubrir una travesía N. O. entre el mar Atlántico y el Pacifico, aprestando al efecto en Woolwich los dos buques *Erebus* y *Terror* con todo cuanto, segun cálculos humanos, pudiera ser necesario para un viaje de tres años á aquellas remotas regiones glaciales. Entre otros objetos habia á bordo de cada uno de estos navios una cantidad de cañutos de zing para encerrar papeles sobre los cuales se estamparian observaciones relativas á la expedición, y que, segun circunstancias, serian arrojados al mar ó á la costa para por este medio proporcionar al almirantazgo inglés noticias sobre el rumbo y la suerte de la expedición, puesta bajo el mando superior de sir Jhon Franklin, con un personal que ascendió en un todo á 125 individuos.

La expedición dejó las aguas del Támesis en 49 de mayo de 1845, y ya en 16 de agosto tuvo el gobierno inglés la noticia que habia penetrado hasta las costas septentrionales de Groenland, sin que se supiera por entonces en dónde la misma estableceria su estacion de invierno. Esta, segun parece, fué la última noticia oficial que se ha recibido de Franklin. Pasó todo el año de 1846 sin que ni remotamente se hubiera sabido algo de la suerte deparada á la expedición.

Llegado el mes de marzo de 1847, sin tenerse aun noticia alguna, empezaron, no solamente los mas allegados de los expedicionarios á inquietarse, sino tambien los hombres como un doctor J. Richardson, sir J. Pelly, doctor King, W. E. Parry, R. J. C. Ross sugetos bien conocidos por sus notables expediciones marítimas al Norte, y así se dirigieron al gobierno para que enviara una expedición exploradora. Cuando á mediados de noviembre próximo volvió ya el último barco de los que salen á la pesca de la ballena, sin dar cuenta alguna del paradero de Franklin, subió de punto la alarma y el cuidado, pudiéndose colegir que aun cuando pensando lo mejor que todavia no haya sucumbido la expedición, deberia ésta, después de contar ya el tercer invierno en aquellas heladas regiones, haber concluido, cuando menos, con las provisiones.

Las reclamaciones para que se enviara una expedición de socorro, fueron siempre mas apremiantes, y el conocido doctor King, compañero inseparable de sir Eduardo Parry en su expedición al polo Norte en los años de 1824 y 1825, indicó la costa de Oeste, de Nordsomerset como punto donde acaso podria ser hallado sir J. Franklin; y así sucedió, que aun no habia espirado el año de 1847 que ya se hallaba el buque velero *Plower* pronto en la estacion de Sherness para salir, lo que efectivamente tuvo lugar el dia primero de 1848 con el esclusivo objeto de buscar á Franklin y sus compañeros en el mar del Norte y socorrerlos con toda clase de recursos. En los siguientes meses aprestáronse, de orden del gobierno, todavia otros dos buques, á saber: *El Enterprise* é *Investigator* puestos al mando de sir James Clark Ross, sobrino del célebre navegante septentrional sir John Ross, que en 1844 regresó felizmente á Inglaterra de su último viaje. Lady Franklin, esposa del estraviado, señaló una recompensa de consideración á los tripulantes, caso que se encuentre á su consorte. En 12 de mayo abandonó el capitán sir J. C. Ross con los dos buques mencionados las aguas del Támesis, agregándose á la expedición voluntariamente el aventajado pescador de ballenas Advice; mas tambien el año de 1848 trascurrió sin que se hubiera adelantado absolutamente nada en inquirir la suerte de J. Franklin.

Llegado que hubo la expedición de Ross al puerto de Leopoldo en la bahía de Baffius lanzaron al aire, luego que anocheció bien, una multitud de cohetes, alternados con fuegos de Bengala para que sirviera de señal á J. Franklin de que se venia en su busca. A principios del mes de setiembre fueron aglomerándose alrededor de los dos buques las masas de hielo de tal suerte, que se hallaron, por decirlo así, enteramente empotrados, y sin poderse mover. Para mitigar en un tanto la monotonía á que se vieron reducidos los expedicionarios, y pasar mejor los tristes dias de la estacion, fueron unos á cazar, y otros á la pesca. Se cogieron con lazos una porcion de zorras, á las cuales después de provistas con collares de badana blanca, sobre la cual se escribia el nombre

de los buques, de sus capitanes, longitud y latitud en que se encontraba la expedición de socorro, fueron en seguida soltadas para que sirvieran de mensajeros. Ocurrió que muchas de ellas cayeron por segunda vez en el lazo.

Sir J. C. Ross se resolvió con los oficiales el hacer á pie una incursión al interior del país, para encontrar á Franklin y sus compañeros. Llevaron consigo pequeños trineos cargados de viveres, y espuestos á mil penalidades de las mas inauditas, fueron discurrendo por aquellas campiñas de hielo y nieve, luchando no solamente con el intenso frio de aquel clima y los temporales crudisimos y deshechos, sino tambien con los muchos, atrevidos y disformes osos blancos, no tropezando en tan horrorosa expedición, que duró treinta y nueve dias, con otra planta sino con una especie de jungos. Interesante fué para ellos el descubrimiento de la *Fuvia*, embarcación que el ya mencionado capitán de marina Parry, en su cuarta expedición, año de 1824 y 1825, tuvo que abandonar como presa de las masas de hielo. Ross y sus compañeros hallaron todavia en ella guisantes secos, harina y otras cosas comestibles; pero el pan que se encontró estaba enteramente echado á perder. Después de un penoso viaje regresaron á la estacion sin haber descubierto ni aun la mas remota huella de sir J. Franklin y los que le acompañaron. El 23 de julio empezaron las colosales masas de hielo que habian circundado durante tanto tiempo al *Investigador* y *Enterprise* á abrir y á soltarse, impulsando los fragmentos mismos á los dos buques durante veinte y tres dias, á lo largo de la costa del Sur hacia el estrecho de Lancaster. A cada momento se vieron los buques espuestos á estrellarse contra algunas rocas ocultas, ó de sumergirse vencidos por el choque de algun promontorio de hielo flotante. De estas masas de hielo no se vieron libres hasta que arribaron el dia 15 á la bahía de Bons, desde donde empezaron á navegar los buques con algun desahogo, regresando en 28 de noviembre de 1849 á las aguas del Támesis.

Casi á un mismo tiempo regresó el buque *Plower*, mandado por Jhon Richardson, quien habia explorado toda la costa de la ría Makenzie sin haber podido descubrir vestigio alguno de la expedición estraviada, habiéndole sido imposible subir á la parte Norte del cabo de Kendal. Los indigenas de aquellos países, preguntados que fueron, respondieron no haber visto ningunos hombres blancos. Pescadores de ballenas, que tambien en el mes de noviembre habian vuelto del Norte, refirieron cómo en la vía de Davis corria entre los naturales el rumor que en el Inlet habia dos buques hace ya cuatro años, estancados con las enormes masas de hielo, cuya tripulación por otra parte no carecia de viveres, pues tenían pescado y carne de reníferos en abundancia. Estas noticias tenían, empero, una procedencia que en nada garantizaban su verosimilitud, siendo de consiguiente consideradas como vagas.

El gobierno inglés, siguiendo siempre solícito en descubrir la descarriada expedición de Franklin, ha ido tomando en los siguientes años toda clase de disposiciones, sin dejarse arredrar por los gastos ni sacrificios, y entre otras, nombró una comision compuesta de individuos del almirantazgo y de la academia real de Ciencias, para que diera su parecer respecto á los medios mas conducentes que convendrian tomarse para el encuentro de los buques *Erebus* y *Terror*. El dictámen de esta comision, fué de que se hiciera salir una nueva expedición exploradora, compuesta de los mismos buques *Investigador* y *Enterprise*: que se llevara á bordo un gran número de pequeños globos correos, que se soltarian en los países polares, y de los cuales penderian de dia tiras de papel de colores muy subidos, y de noche farolitos con una luz muy resplandeciente, que llevados del viento sirvieran á los estraviados, si aun existían, de mensajeros consoladores de que se viene en socorro de ellos.

Salieron efectivamente del puerto de Woolwich dichos buques, el primero mandado por el capitán Collison, y el segundo por el comodoro Mr. Clure, remolcados hasta cierta distancia por los vapores *Monkey* y *Lightening*. Todas las embarcaciones estacionadas izaron sus banderas, y millares de personas, entre las cuales se hallaban varios individuos del almirantazgo, y tambien lady Franklin, presenciaron la marcha, haciendo todos votos íntimos para el éxito feliz de la nueva expedición, mientras que la música de la artillería de marina tocaba aires nacionales; pero desgraciadamente tambien esta expedición nada consiguió. El gobierno inglés, á pesar de todo, no se dejó desmayar en su empeño, y aun obtuvo de la cámara de los Comunes un crédito extraordinario para la organizacion de otra expedición. Al efecto destinó el almirantazgo, no solamente dos de los mejores buques veleros que habia en la marina inglesa, sino que tambien unió á la expedición dos vapores de hierro, de tornillo, á saber: el *Free Trade* y *Eider*, pertenecientes á una casa particular de Londres. Por de pronto habiase encargado del mando superior el capitán Auslin, cuando de motu propio se presentó sir J. C. Ross, para por segunda vez consagrar sus servicios á tan árdua empresa. Tambien el presidente de la compañía Hudsonsbai, sir H. Pally, se ofreció con sus vastos conocimientos y experiencias contribuir en algo al feliz éxito de la nueva expedición, inclinando ademas á dicha compañía á la concesion de 500 libras esterlinas, para emprender una grande incursión al interior del país, cuyo gasto total fué presupuestado en 2,000 libras, cubriéndose las 1,500 que aun faltaban, muy pronto por suscripción. Finalmente, acordó el gobierno todavia un premio de 20,000 libras esterlinas, parte para la salvacion de los estraviados, parte para el encuentro de los buques perdidos, y otra por noticias definitivas respecto á la suerte que ha cabido á la expedición de Franklin. Tambien esta regresó sin haber conseguido el objeto tan deseado.

De todo lo referido se puede colegir el interés tan vivo que ha tomado, no solamente el gobierno, sino por decirlo así, la nacion entera por la suerte de Franklin y sus compañeros; pero desgraciadamente todos los esfuerzos que dejamos consignados, y los que se hicieron después, han sido infructuosos.

¿Si habrá la expedición á consecuencia de fuertes temporales y naufragio, hallado su lúgubre tumba en la profundidad del mar septentrional? Habrá sido Franklin con sus compañeros, víctima del frio, hambre y privaciones, ó se hallarán en aquellas heladas regiones estraviados ó circundados de inmensas é inaccesibles montañas de hielo, arastrando una existencia fatal y aun desesperada?... ¿Son estas unas preguntas verdaderamente tristes y aterradoras?... quizá hallen algun dia su solucion; pero tambien puede suceder que permanezcan envueltos con el manto de un

eterno secreto... ¡Pobre Franklin! ¡Pobres compañeros suyos!...

APENDICE.

Varios de los periódicos de esta capital han insertado, no há mucho, los siguientes datos que recientemente se han leído en algunos periódicos ingleses relativos á los vestigios de la expedición de sir Jhon Franklin.

En este momento inspira sumo interés en Inglaterra una revelacion que acaba de hacerse al almirantazgo.

Parece que conversando últimamente el capitán de un buque con un oficial de la marina real, aquel le contó que en una travesía que habia hecho por Quebec, en abril de 1851, se habian visto sobre un banco de hielo en las inmediaciones de Terranova, dos embarcaciones de tres palos. Esta revelacion hace creer que podria tratarse del buque de sir Jhon Franklin, y los lores del almirantazgo, á pesar de las pocas probabilidades que se pueden agregar á esta noticia y circunstancia, han juzgado conveniente hacer las averiguaciones mas escrupulosas. Se ha escrito á todos los directores de aduanas de los diferentes puertos de Irlanda é Inglaterra, para saber si algun buque ballenero de aquella descripción habia faltado en 1850 ó 51.

He aqui las diferentes noticias que ha recibido el almirantazgo:

El contramaestre del *Sampson* de la marina real, que se halla actualmente en *Portsmouth*, escribe notificando los pormenores de una conversacion que habia tenido con un capitán mercante de Tynemont. Llamado Storey: «En cuanto á los bancos de hielo, dice, conozco á un capitán que se halla ahora en el puerto de Schields, el cual me ha dicho, que dirigiéndose á la América del Norte en la primavera de 1851, el cuarto vigilante anunció un banco de hielo, al que habiéndose acercado cuanto permitia la prudencia, se vieron tres buques de tres palos bien tratados; pero no se divisó ningun ser humano.

El contramaestre del *Sampson*, supone que hallándose los buques sobre el banco de hielo se habria apoderado de la tripulación el terror consiguiente en el momento de la ruptura, y que probablemente se habria refugiado á un lugar mas seguro.»

Con el constante envio de tropas inglesas al Cabo de Buena Esperanza hace la prensa la muy oportuna observacion, que la guerra empezada contra los calíes vendrá á ser para las armas británicas, lo que para el ejército ruso es la guerra que sostiene hace ya tantos años contra los tscheques, juicio que se va confirmando hasta la evidencia.

De las bandas de ladrones que procedentes de los Estados romanos han invadido la Transilvania, se cuentan crueldades que hacen erizar el cabello, no habiéndose oido desmanes tan horribles desde la guerra de los Treinta años.

En el Congreso de paz celebrado en Lóndres el año próximo pasado, se reunieron entre europeos y americanos unos mil individuos. La Inglaterra estaba representada por varios miembros del Parlamento, magistrados, y otros empleados de categoría, un gran número de sabios, de profesores de diferentes universidades, doscientos individuos del clero protestante, redactores de periódicos ingleses, etc. Entre los representantes franceses, hallábase Coquerel, Jules Delbruk, director de la Revista de educacion pública de Paris, Girardin (la Presse), Henri Vincent, Bouvet, miembro de la Asamblea nacional, Henneau, Hosey, Guillaumise, Lacroix, Montandon de Pompery, Read, Rouville, Quiendeni y una diputacion particular de la clase de obreros de Francia. Victor Hugo tambien estaba anunciado, pero no compareció. A la España la representaba un tal don Mariano Cubi, J. Soler, profesor, y Carlos Odriozola. De Alemania, hubo tambien muchos hombres célebres, y sobre todo un número extraordinario de la América del Sur y la del Norte.

Los norte-americanos han organizado una linea de vapores entre San Francisco de California y Canton, que toca en las islas de Sanwich y en las Carolinas, que reportará ventajas inmensas para el comercio.

Tambien los ingleses conociendo la grande necesidad de poner su continente austral con su capital Sidney, cuya importancia crece por momentos, en contacto aun mejor con sus posesiones de la India, trata de prolongar la linea de Calcuta y Singapore.

El ayuntamiento de Glasgow ha resuelto el erigir una grande estatua ecuestre de la reina Victoria, dejando la eleccion del artista que la ha de ejecutar á beneplácito del regio esposo el príncipe Alberto. En muy pocos dias subió la suscripción á tres mil libras esterlinas.

Segun noticias posteriores, se sabe que la eleccion que lizo el régio consorte, recayó en el artista baron de Marocheti.

Blidah y las minas de la Mouzaia.

No hace diez años todavia, era necesario un ejército para ir desde Argel á Blidah, y hoy ni aun escolta se necesita; de ambas ciudades parten excelentes diligencias por la mañana y por la tarde, las cuales atraviesan en menos de cinco horas las doce leguas que las separan. Mientras duró el acceso febril por los caminos de hierro, los mas enfermos, es decir, los mas apasionados, cometieron la locura de proyectar un camino de hierro desde Argel á Blidah; pero afortunadamente han muerto, ó se han curado antes de haber podido llevar á cabo este increíble proyecto. Los quince ó veinte viajeros que hacen este camino diariamente, deben, pues, esperando la resurreccion ó la recaída de estos especuladores fabulosos, contentarse con la diligencia ó con el *ómnibus*. En cuanto á mí, en una época no lejana en que me hallé por

aquellos países, la casualidad me colocó en el *ómnibus* con un árabe, una cocinera, un general francés, su secretario y su criado.

Este general estaba condecorado con muchas órdenes, y además era comendador de la Legión de Honor. Conoció que yo era español, y en este idioma me habló respecto del África, y entre otras cosas, como si estuviese inspirado por una idea luminosa, exclamó: «Ya encontré la solución del problema que se ha estado buscando tanto tiempo. En África no hace falta más que hombres y capitales.» ¡Magnífico descubrimiento y digno de la enfática arrogancia de un francés!

Con efecto, faltaban los hombres y los capitales, y es de temer que ambas cosas continúen faltando mucho tiempo, según el aspecto que presenta aquel país.

Pero ciñéndome á mi viaje, diré que en el Sahel es posible todavía la ilusión. Subiendo la vertiente septentrional, al pie y sobre las pendientes, se goza observando una de aquellas vistas encantadoras que se graban demasiado profundamente en la memoria para que se borren jamás. Un mar estenso y cubierto de naves que hacen que desaparezca el horizonte que se confunde con el cielo; las olas que se mueven reflejadas por el sol, un golfo comparable solamente al de Nápoles, una ciudad famosa que se distingue por su deslumbrante blancura, que se eleva y engrandece á medida que nos vamos acercando á ella; sobre las colinas que dominan la rada, se ven elegantes y pintorescas poblaciones rodeadas de deliciosos árboles; estos son los atractivos cuadros que se presentan á la contemplación del viajero. Se atraviesan las colinas, y el paisaje cambia completamente de aspecto, y se desciende á pequeños valles, unos incultos y otros cultivados medianamente; se atraviesan aldeas nacientes protegidas por campiñas que prometen prosperar; se ven también hermosas fuentes, delante de las cuales descansa el fatigado caminante y siente alejarse de aquel sitio que ha reanimado sus fuerzas: se pasa por dos ó tres cafés morunos, donde los árabes agrupados duermen la siesta fumando su pipa, y gustando de vez en cuando algunas gotas de su licor favorito. Recorriendo estos lugares, es indudable que nos creemos trasladados á uno de los mas fértiles y mas pintorescos puntos del Mediodía de España. Sin embargo, bien pronto se destruye todo este encanto. Una larga costa conduce al punto culminante de la vertiente meridional del Sahel, y á su pie descubrimos la vasta llanura de la Metidja, limitada al horizonte por la imponente cordillera del Atlas, y mientras que nos ocupamos en admirar estas bellas montañas, cuyos grupos semi-calcinados y cubiertos de una fecunda vegetación se dibujan, se penetra en el mas espantoso desierto, que entristece y desalienta al mas valeroso é intrépido viajero.

Un millón de hombres podrían vivir tal vez cómodamente, y sin consumir todos sus productos, sobre esta llanura de diez y seis leguas de longitud, y de siete á ocho de latitud, que se llama la Metidja, si fuese fertilizada y cultivada. Algunos centenares de colonos mueren allí atacados por la fiebre, y gastando en ensayos poco afortunados sus fuerzas y sus capitales. Lejos de embellecer las estériles soledades, las apariencias de granjas que se observan de distancia en distancia á cada lado del camino, le hace perder aquella severa belle-

mente en este sitio faltan mas que en ninguna parte los hombres y los capitales; que acudau aquí en cantidad suficiente y verán seguro un éxito completo. ¿Pero, cómo persuadirlos para que se trasladen á este parage? *That is the question!* como me decía un inglés un día que hablábamos de esto mismo.

El camino no atraviesa mas que dos aldeas, que no afligen la vista ni el ánimo. Bouffarick, situado en la confluencia de muchos caminos, y regado por aguas abundantes, ha visto embellecer sus casas y sus jardines á un mismo tiempo. Su población es bastante dichosa para que piense en divertirse. El día de mi pasaje por aquel sitio, las paredes de las posadas,—pues hay allí muchas,—estaban cubiertas de un soberbio cartel de anuncio, amarillo, que con gran sentimiento mío no tuve el tiempo necesario para copiarle. Un tal Lorenzo ó Tomás,—he olvidado completamente el nombre de este per-



Muger é hija de Ali.

sonaje extraordinario,—hacia saber á los habitantes de aquella población, previo el permiso de las autoridades, que se proponía consagrar todas sus tardes á la diversion de los habitantes. Cada día de la semana, de tal hora á tal hora, mediante una módica retribucion, podrían procurarse el placer de verle y escucharle. El lunes bailaría sobre la cuerda tirante, y haría otros ejercicios de equilibrio; el martes tocaría el violon y la corneta de piston; el miércoles improvisaría versos sobre temas que el público era dueño de darle; en una palabra, el jueves, el viernes, el sábado y el

tal vez la única que ha conservado su antigua fisonomía, aunque ha sufrido, no obstante, numerosas mutilaciones. Por todas partes se ven anchas calles tiradas á cordel, y casas de dos y tres pisos. Destruída la ciudad árabe, varios especuladores compraron sus ruinas, y despues de haberlas derribado enteramente, se apresuraron á construir una ciudad francesa. Imaginaron que su ventajosa posición, sus abundantes aguas y sus numerosos naranjos, atraerian á Blidah una población igual á la de Argel, y se estableció la competencia de quién edificaria mas pronto las casas mas estensas y las mas altas, para que residiesen en ellas los habitantes que ya suponían en marcha. Todos los días, los emprendedores, subidos en la parte mas elevada de sus edificios, estimulaban el celo de sus obreros, como si hubiesen visto acudir de todas partes, y apiñarse á las puertas de la ciudad, á sus impacientes inquilinos. Pero vino un momento en que se disiparon estas increíbles ilusiones; se equivocaron por desgracia. En vano se buscaba en toda el África francesa un hombre, por escéntrico que fuese, que hubiese establecido voluntariamente su domicilio allí para vivir en él con sus rentas; sin capitalistas ¿cómo poblar una ciudad donde no hay ni puede haber todavía comercio ni industria? El problema es insoluble. Por esta razón Blidah nunca fué poblada; muchas casas fueron construidas ó comenzadas á construir; unas se acabaron, otras quedaron á medio hacer, y otras apenas se empezaron cuando fueron abandonadas; los menos activos han sido los mas dichosos. Terminadas creo que hubieran podido contener una población de mas de treinta mil almas. El 31 de marzo del año pasado, Blidah contaba tres mil novecientos setenta y nueve habitantes; seis meses después, el 1.º de enero. Sería imposible formarnos una idea del aspecto desolador que presenta esta desgraciada ciudad, muerta sin haber vivido; muerta antes de haber nacido, y que no resucitará, aun cuando otros especuladores no menos insensatos que sus fundadores, encuentren accionistas desprovistos de sentido común y desearos de arruinarse, para suministrar los fondos necesarios á la construcción de este famoso camino de Argel á Blidah, del cual tengo entendido que han pedido la concesión.

Después que bajé de mi *ómnibus* y me separé del general francés, y me vi solo en medio de la plaza mayor de Blidah, entonces completamente desierta; cuando de las quince ó veinte casas que la constituyen no conté mas que dos ó tres que pareciesen estar habitadas, se me oprimió el corazón. Si el camino de hierro hubiese existido, hubiera partido al momento, aun cuando hubiese tenido que fletar á mis expensas un convoy especial. Me parecía que no saldría bastante pronto de esta triste ciudad. Anduve errante por aquellas solitarias calles, buscando en vano medios de huir, cuando al dar la vuelta á una ruina me encontré dos franceses desconocidos y un español que habia conocido en Gibraltar. La Providencia se compadeció de mí. En el momento en que mi *spleen* llegaba á ser tan violento, que me hubiera dejado degollar, no solo sin resistencia, sino con placer, la Providencia, repito, me envia tres amigos que habian tenido el valor de vivir en Blidah tres meses y nueve días. ¿Cómo recompensar dignamente semejante encuentro? Habité en su posada, y á la mañana siguiente me llevaron á dar un paseo, del que guardo un recuerdo eterno.



Vista general de las minas de Mouzaia.

za que debia tener cuando estaba enteramente abandonada á si misma. Podría compararse esta llanura á un corpulento y hermoso salvaje que pretendiera ocultar su desnudez con harapos: mostrándose sin vestido, se admiraría al menos la elegancia de sus formas, el brillo de su encarnación, el vigor de sus músculos; pero los guñapos que le desfiguran, inspiran tal sentimiento de tristeza y disgusto, que volvemos la cabeza y cerramos los ojos. Este es precisamente el aspecto horrible que presenta la Metidja en su estado actual, y tan magnífica será el día que se cubra de aldeas, de granjas, de campiñas, de praderas, de vergeles y habitantes. Especial-

domingo, daría también sus representaciones especiales.

Mered se hace acreedora igualmente á una honorífica mención. Es, ó era una colonia militar. Aun cuando menos grande, menos brillante que Bouffarick, esta aldea inspira ideas alegres al viajero que la atraviesa; y sin saber precisamente por qué, se tiene fé en su porvenir. Gloriosos hechos de armas se han verificado en sus cercanías en tiempo de la conquista francesa; no nos detendremos en su historia.

Blidah es ó debia ser una ciudad francesa, porque la antigua no existe ya. La calle de Blidah, de la cual damos una muestra en uno de los grabados que adornan este artículo, es

Primero fuimos á visitar el bosque sagrado y sus hermosos naranjos; debería decir sus vestigios, porque el génio militar ha destruido y saqueado las cercanías de Blidah; ni la edad, ni la belleza pudieron salvar los árboles condenados al suplicio del fuego. Centenares de olivos han caído bajo el hacha devastadora, juntamente con los naranjos y los granados, cuya vigorosa juventud parecia prometer pronto un siglo de flores, de perfumes y de frutos.

En la época en que yo visité á Blidah, los naranjos estaban todavía verdes, y los limoneros comenzaban apenas á amarillear. Habiendo distinguido en un jardín muchos na-

ranjos cubiertos de sobervios frutos, entré en él, pues la puerta se encontraba abierta, y dos árabes fumaban allí en su pipa á la sombra de uno de los mas hermosos árboles, en la margen de uno de estos arroyuelos que corren con dulce mormullo y fecundan tan magníficamente este rincón de tierra favorecido del cielo. Estas naranjas, cuyos seductores colores me habian encantado, estaban tan maduras, que muchas, separadas de sus ramas, brillaban como bolas de oro sobre el espeso tapiz de verdura que cubría el suelo. Hacia un calor sofocante; senti un vivo deseo de refrescar mi boca alterada; nunca habia yo comido naranjas á la sombra de un naranjo: los frutos cogidos del árbol, ó reunidos á su pie tienen, ¿quién no lo sabe por la experiencia? un sabor especial y exclusivo; en fin, algun diablo me tentó y me bajé para coger una naranja.

Mi entrada en el jardín no habia parecido—yo debo confesarlo—causar mucho gusto á los dos árabes que se hallaban allí reunidos. Sin embargo, se contentaron con manifestarme su enojo por medio de un gesto repugnante. Pero á este gesto se levantaron como si los hubiera picado un reptil, y adelantándose hacia mi con aspecto amenazador me hicieron señas de renunciar á mis ideas de probar los frutos. Indignado de su poca hospitalidad, cogí con prontitud una naranja, y sacando mi bolsillo, les ofrecí en pago una moneda de plata. Entonces ellos lanzaron gritos horribles y recogieron las naranjas, que pisotearon con violencia, dando á su fisonomía una espresion de horror y de disgusto. Yo no entendía, ni su lenguaje ni su pantomima.

—¡Ah! consientes mejor, dije á aquel que me parecia mas furioso, destruir tus frutos que venderlos á un español y á un cristiano? pues bien, para castigarte no te pago el que me he apropiado.

Yo estaba exasperado. Terminando por un gesto espresivo esta arenga, de la que mis oyentes no habian comprendido una palabra, procuré por segunda vez morder la naranja; pero uno de ellos, no menos irritado que yo en la apariencia, se aproximó para cogerme el brazo, é impedirme por fuerza consumara mi crimen. Ya no pude contenerme, y levantaba mi baston con una mano, y con la otra llevaba la naranja á mi boca, cuando mis amigos, atraídos por el ruido de esta contienda, entraron en el jardín y se interpusieron. Todo se explicó entonces; estos propietarios inhospitalarios á quienes yo colmaba de injurias, y á quienes me disponía á apalea, eran los hombres mas honrados del mundo. Sus gestos, sus discursos, que yo interpretaba tan mal, tenían por objeto, si no salvarme la vida, al menos evitarme un horrible martirio. La naranja madura antes de tiempo, y caída, y con la cual queria regalarme á pesar de tan benévolas observaciones, no se come nunca; pues generalmente este fruto caído origina los cólicos mas atroces á los que se dejan seducir por su hermosa apariencia. Despues de haber dado las mas afectuosas gracias á los dos árabes, salí del jardín, siguiendo paso á paso á mis guías, prometiéndome desde entonces ser menos pronto en mis juicios.

Entramos despues en una garganta estrecha y salvaje dominada por las mas altas montañas de esta parte del Atlas. El lecho del torrente que seguimos es ancho y pedregoso; está humedo en ocasion de alguna tormenta ó durante el tiempo de las nieves; pero en tiempo sereno está casi entera-

habian cautivado de tal manera, que cuando vi á mis guías separarse de ellos para girar á la izquierda y subir una colina, me negué á seguirlos. No obstante, concluí por ceder á sus instancias, y nos encaminamos hacia un olivar, hacia un bosque de lentiscos, de tal manera espesos, que parecian impenetrables. Como otros bosquecillos, por delante de los cuales habiamos pasado, encerraba un nido de árabes: un pasa-



Ali, obrero de las minas de Mouzaia.

ge hábilmente disimulado nos condujo á lo interior de este pueblecillo; cada choza estaba tan bien oculta, tan bien defendida como el pueblo mismo. Sin el ladrido de los perros, y sin la gritaría de los chicos, nos hubiera sido imposible descubrirlos. No vimos ningun hombre. Los árboles que ocultaban estas habitaciones no permitian llegar allí mas que una luz casi dudosa; en algunos puntos creí distinguir detrás de una rama mas poblada de hojas que las demas dos puntos luminosos semejantes á las miradas fijas de ciertos animales de emboscada y traidores, cuyos ojos brillan en las tinieblas.... Los niños y los perros se callaron; el silencio llegó á ser tan profundo como la oscuridad, y nosotros subimos de esta manera hasta el cementerio, donde descansaban los muertos de esta tribu. Era de forma cuadrilonga, y estaba enteramente cubierto de yerba y rodeado de una simple balustrada. Algunas piedras empinadas indicaban la posición de los sepulcros; en el centro se veía una pequeña capilla

minas de la Mouzaia, acababa de caer gravemente enfermo; sus médicos sospecharon que era imposible poderle salvar. No pudiendo esperar una cura tan problemática, ni emprender á pie semejante camino, volví á Argel aquella misma noche, por cuya razón no pude sacar mas que unos ligeros apuntes tomados de los *Estudios sobre las minas*, de un viajero alemán que ha visitado estos países, y que goza reputación de exacto y verídico.

Las minas de la Mouzaia, están situadas en un valle del Atlas, entre Blidah y Medeah, sobre la vertiente meridional del Feniah de Mouzaia. Los filones metalíferos contenidos en un terreno de arcillas grises, y compuestos de hierro espático y de barito sulfato, sustancias claras y coherentes, han resistido á las corrosiones que atacan incesantemente las arcillas, y de aquí resulta que han formado murallas salitrosas de muchos pies que ofrecen sin duda el mas raro ejemplo geológico que puede citarse.

Estas murallas liseaves, rodeadas de sus propios despojos, fuertemente coloreados por los óxidos de hierro que produce la descomposición de los hierros espáticos, por los carbonatos azules y verdes que derivan del cobre gris, hierren la vista de lejos por su forma saliente y su coloración.

Nos dijo un árabe, que siempre que los colonos enviados á Medeah tuvieron ocasión de descender por las pendientes meridionales del Atlas, oficiales y soldados franceses se estrellaban al pasar por este punto.

En esta mina se trabaja en el día á pesar de las dificultades que promete la explotación de los metales que encierra.

A. J.

Maravillas del arte y de la industria.

III.

LA PÓLVORA.

En las altas horas de una noche de estío del año de 1379, y cuando ya estaban recogidos y reposando en sus celdas todos los frailes franciscanos del convento de Friburgo, en Alemania, divisábase todavía una rojiza claridad en la estrecha ventana de una de las mas solitarias celdas del convento. La noche estaba oscura y tempestuosa; reinaba aquella calma sofocante que precede á la tormenta, y ya los relámpagos brillaban de vez en cuando en las nubes. También brillaba el resplandor de la ventana del convento; pero con aquella intermitente claridad que produce una llama estimulada por el pausado movimiento del fuelle, y este instrumento, manejado por uno de los frailes, era con efecto el que producía aquella intermitente claridad. A causa del excesivo calor hallábase abierta la ventana, y veíase también cruzar una negra sombra de una parte á otra del aposento, siendo en realidad aquella sombra el padre Berthold Schwartz, único fraile que entonces estaba de pie derecho en todo el convento, y que aprovechaba los pocos instantes que le dejaban libres sus tareas monacales, para dedicarse con afán á la



Una calle en Blidah

mente seco. Llámase á este parage el Oued-el-Keber; despues se pasa por un acueducto que distribuye las aguas á Blidah. Comenzado este acueducto en 1843 se terminó en 1844, segun me dijeron mis compañeros.

Estos pormenores que apunté, no me ocuparon, sin embargo, entonces, pues me paseaba á la sombra de magníficos laureles rosados en flor que sobresalían sobre mi cabeza mas de media vara. Jamás vi cosa mas bella en este género de plantas; no podía apartar mis ojos de esta extraordinaria vegetación. En vano el Oued-el-Keber y el Atlas me ofrecían mil cuadros encantadores; estos gigantes laureles rosados me

(goubba), y cerca de esta goubba rezaba una muger anciana. Cuando nos vió se puso de pie, y nos hizo señas para que no nos acercáramos; pero algunas monedas calmaron su temor, y acallaron sus escrúpulos, y nos dejó descansar algunos instantes en el campo del reposo eterno, en el asilo mas tranquilo, mas solitario, mas fresco, mas sombrío y mas misterioso que un poeta ó un artista enamorado pueden soñar sobre la tierra....

A mi regreso á Blidah tuve una desagradable noticia. El único caballo que habia entonces disponible en la ciudad y que debía conducirme al día siguiente á la Chiffa y á las

alquimia á que era en extremo aficionado. Velasele siempre descifrando antiguos manuscritos, estudiando y descomponiendo sustancias pertenecientes á los tres reinos de la naturaleza, y ocupado en la trasmutación de los metales, porque era uno de los que con mas afán proseguían el quimérico descubrimiento de la piedra filosofal. Por eso presentaba tan curioso como singular espectáculo la celda, ó mas bien laboratorio del buen religioso, en el que se veían por todas partes retortas, crisoles y alambiques. En las paredes, ennegrecidas por el humo, habia prolongados vasos llenos de frascos y vasijas que contenían metales, tierras, cristalizaciones

colores, etc. Un enorme mortero de piedra estaba colocado sobre un medio tronco de árbol, y en uno de los ángulos de la celda estaba el hornillo, cuya vacilante llama esparcía aquella rojiza claridad por todo el laboratorio. Cuando el fraile Berthold se encontraba en él á solas, pudiendo entregarse á sus anchas á sus meditaciones é investigaciones, era cuando verdaderamente gozaba la mas viva satisfaccion. Alimentando la esperanza de sacar oro de las mas estrañas combinaciones y mezclas, y á veces de las cosas mas viles y sin valor; atormentado por aquella idea fija, iba mezclando sucesivamente los productos mas eterogéneos de la naturaleza, tratando luego de fundir y amalgamar al fuego tan estrañas combinaciones. En las esperiencias de aquella noche, ya habia molido en el mortero algunas sustancias y ya la llama del hornillo se habia reflejado en su rostro pálido, cuando se inclinaba á mirar el fondo del crisol en que hervian las materias espuestas al fuego.

Combinando en diversas proporciones el nitro ó salitre con el azufre, habia obtenido una mezcla brillante que imitaba bastante bien el color del oro y solo este ensayo le llenaba de alegría.

—Consiga yo al fin, decia, el fruto de mis tareas; descubra este gran secreto, y entonces todos se inclinarán ante este pobre fraile ahora tan olvidado. Mi nombre será inmortal, y ensanchando los limites de la ciencia, enriqueceré á los mismos que ahora me desprecian.

Después, tanto para que el salitre y el azufre aumentasen de peso, como para que mas intimamente se combinasen y amalgamasen al fuego, añadió una buena dosis de carbon pulverizado, y así que le pareció que la mezcla estaba como él deseaba, la puso á la lumbre en una vasija á propósito. Habíase amortiguado durante la operacion el fuego del hornillo, y Berthold, con el afán de seguir el experimento, se inclinó un poco y sopla con viveza en el hogar. Una porción de chispas se desprenden al avivarse el fuego, y una de ellas sube serpenteando por el aire y viene á caer sobre la mezcla contenida en la vasija. En aquel mismo momento, un torrente de fuego sale de ella con estraordinaria fuerza, haciéndola mil pedazos con estampido horrible. El fraile cae cuan largo es al suelo, cual si una fuerza estraña le hubiese despedido, y todos los cacharros y utensilios que habia en las repisas de las paredes caen tambien al suelo con ruido infernal en medio de la oscuridad mas profunda, pues la lámpara que iluminaba la celda y hasta la llama del hogar se habian apagado como por encantamiento. Los demas religiosos del convento se despiertan con la horrible detonacion y se santiguan despavoridos, creyendo que ha sido un enorme trueno, y que ya tienen encima la tormenta que en aquella noche amenazaba.

En medio de la oscuridad profunda y de un silencio de muerte, Berthold vuelve en sí y se encuentra tendido sobre el pavimento, y muy lastimado de la caída. El estar abierta la ventana de la celda habia impedido sin duda el que pereciese asfixiado por el vapor nauseabundo y sofocante que la llenaba. Arrastrando y con harto trabajo, se llegó á abrir la puerta de la celda, para establecer corriente de aire, y purificarla de modo que allí se pudiese respirar sin dificultad. Después, dejando caer la cabeza sobre las manos, se puso á meditar profundamente sobre lo que le acababa de suceder. Mil diversas ideas, mil pensamientos confusos se agitaban en su mente á medida que calculaba los efectos de su descubrimiento; no habia encontrado el oro, es verdad, pero era dueño de un secreto que podia realizar sus mas ambiciosos ensueños.

Reiteró las esperiencias hasta quedar bien convencido de que aquellos polvos mágicos tenian tanta mas fuerza, cuanto mas comprimidos estaban en el momento de la explosion, y desde luego comprendió la grande revolucion que iba á hacerse en el sistema de ataque y defensa con un auxiliar tan poderoso. Así que hubo apreciado las consecuencias de su descubrimiento, ya el claustro era un recinto muy reducido para Berthold; necesitaba manifestarse al mundo, satisfacer su ambicion y su orgullo, y sacar aquel secreto del misterio de su laboratorio. Lleno de arrogancia fué á pedir su libertad al superior del convento, con aquel tono del que está resuelto á tomarse á la fuerza lo que de buen grado no se le conceda; y el superior, que ya estaba incomodado de la altanería y singular conducta de Berthold, y los demas religiosos, á quienes inquietaban sobre manera sus atrevidas esperiencias, vieron con placer la emancipacion del nuevo compañero, creyendo de buena fé que iba á encontrar el castigo que merecia su arte diabólico, en cuanto se atreviese á salvar la barrera que le separaba del mundo, en el que, sin embargo, habia de trastornar bien pronto las leyes, la política y el arte de hacer la guerra.

Berthold, una vez libre, supo bien pronto á dónde habia de dirigirse para que su descubrimiento le proporcionase riquezas, dignidades y consideracion. Hallábanse entonces los venecianos en guerra abierta con los genoveses, y muy indecisa la victoria, por consiguiente el fraile alemán, revelando su terrible secreto al tribunal de los Diez, decidió la victoria á favor de la república de Venecia. No se descuidó esta en enviarle al campamento, donde ayudado por un griego de Corinto, llamado Perdicas, hizo ya aquellas ruidosas aplicaciones de su descubrimiento, que hicieron á los intrépidos genoveses huir ante sus enemigos, reforzados por un auxiliar tan poderoso. Después fué Berthold á la isla de Candia y á otras del Archipiélago, en las que convenia asegurar con imponente aparato la dominacion de la serenísima república de Venecia. Los chinos, los árabes de España, Rogerio Bacon, y algun otro, han disputado al fraile alemán la prioridad de la invencion de la pólvora y de sus formidables aplicaciones; pero de todos modos, Berthold Schwartz es el que ha quedado en posesion de tan deplorable honor.

La invencion de la pólvora produjo al instante una revolucion completa en el arte de la guerra, hizo nula la fuerza muscular, y acabó con el antiguo valor heroico y caballeresco; los castillos y las ciudades del feudalismo fueron asilos poco seguros y barreras impotentes contra la explosion de la pólvora, que seria la invencion mas fatal á la humanidad, si correspondiese el daño al ruido que produce; pero no es así por fortuna, y no son por cierto las célebres batallas ganadas con la pólvora las mas sangrientas que nos refiere la historia.

Cualquiera que sea el abuso que se ha hecho de la pólvora, la misma piedra filosofal que tanto se afanaron en buscar, no hubierá procurado al género humano tantos beneficios.

Gracias á la pólvora se hacen saltar esas rocas inmensas que ponian obstáculos insuperables á las útiles obras proyectadas por los hombres; se colman los precipicios, se estraen los metales de las minas, y se da muerte sin esposicion personal á los apimales mas dañinos de la tierra y de los aires. Con la pólvora se hacen importantes señales, y si alguna vez hace derramar lágrimas, otras veces tambien sus salvas nos indican un motivo de alegría general, y no hay solemnidad pública de que la pólvora no sea el complemento, bajo la forma de fuegos artificiales. Todas estas circunstancias hacen á la pólvora, mas bien que un obstáculo, un auxiliar poderoso para la civilizacion de las naciones.

F. F. VILLABRILLE.

La huérfana del Pirineo (I).

(Continuacion.)

CAPITULO X.

DAMIAN HACE UNA DE LAS SUTAS.

Inés habia quedado consolada con las palabras del anciano, y sentia su alma aliviada de un gran peso; habia confiado el secreto de su amor al hombre que la sirviera de padre; este hombre aprobaba aquella pasion, y disipaba los temores que la jóven abrigó en su pecho de ser olvidada, abandonada por su amante; su padre adoptivo no se contentaba con esto: iba él mismo á ocuparse en indagar el paradero de Felix.

Y sin embargo, Inés volvía á Urdós triste, pensativa. ¿Cuál podia ser la causa? Por la milésima vez se hacia estas preguntas:

—¿Dónde está Felix? ¿Por qué se ha ausentado sin que yo sepa el motivo de su ausencia, ni el parage á donde se dirige?

Y seguia reflexionando.

—¿Y cuándo me dejai murmuraba: cuando mas que nunca necesito de un apoyo para poder marchar en este nuevo camino en que entreveo peligros, sin que yo pueda adivinar de dónde han de venir. Si: porque mi corazón se alarma, tal vez sin motivo fundado, es cierto; pero ello es que me veo sola y tengo miedo. ¿Seria prudente confiar á mi padre lo que me pasa? No, no: me calificaria de visionaria, y con razon. Estas dudas, estos temores, pueriles si se quiere, solo deben confiarse al amante... Si mis sospechas se confirmasen... ¡Oh! Entonces no titubearia ni un momento.

Pensando de esta manera proseguia Inés su camino; el medio día se acercaba, pero tan preocupada estaba con sus pensamientos, que la jóven no se apercebía de ello. Sacóla, sin embargo, de esta distraccion, una voz lejana que entonaba alegremente un antiguo *zorrico*. La voz se iba acercando por momentos, y cada vez llegaba mas distintamente á sus oidos: la letra de aquella música original se acomodaba de tal manera á su situacion presente, que Inés se paró á escucharla. Decia así:

Paloma tornasolada
Desconfia de su amor:
Posado en otra enramada
Vide al palomo traidor.
La copa de un alto roble
Cobija paloma bella;
Y por cierto que no es ella
Tan hermosa como tú.
Mas él, de ella enamorado,
Dejándote abandonada
Arrulla á su nueva amada
Desde el vecino abedul.
Paloma tornasolada, etc.

—Esa voz no me es desconocida; pensó Inés sentándose al pie de un árbol. Y luego murmuró: ¿seré yo la paloma abandonada, Dios mio?

Y la sencilla virgen tornóse pálida con solo pensarlo.

—Buenos dias, Inés; gritó entonces el que cantaba.

—¡Oh! ¿Eres tú, Damian?

—El mismo. ¿Pero qué diablos haceis aqui?

—Vuelvo á Urdós despues de haber acompañado á mi padre.

—¡Hola! hoy ha sido día de visita; dijo el ex-monago sentándose al lado de Inés.

—Como siempre; ya sabes que los domingos...

—Es verdad. Tengo tantas cosas en la cabeza, que ni me acuerdo del día en que vivo.

—¿Y de dónde vienes tú?

—De Bayona.

—Te habrán echado de menos en Errazu.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Hoy debieras cantar en la misa mayor.

—¡Diablo! exclamó el rapaz inflando los carrillos; teneis razon. Pero no me importa.

—¿Cómo es eso?

—He colgado el sobrepelliz; ya no pertenezco á la iglesia.

—Te habrás despedido el cura.

—No; yo soy quien me despidió de él.

—¿Tú? preguntó admirada la jóven.

—Yo.

—¿Y qué va á ser de tí, pobre Damian?

—Bah, bah, no os apureis por eso; tengo ya otro oficio.

—¿Qué oficio? tornó á preguntar Inés.

—Un oficio excelente; el que mas me convenia.

—Siendo así... ¿pero no me dirás...

—¡Ah! interrumpió el ex-monaguillo, en cuyos cálculos no entraba el confiar á Inés su nueva posicion: á que no adivináis á quién he visto en Bayona.

—Si tú no me lo dices...

—A Felix.

Inés experimentó una conmocion tal, que casi cayó de espaldas.

(1) Véanse los números anteriores.

—A Felix has dicho; observó ruborizándose.

—A Felix, sí; al hijo de Matias Iribarren; aquel que os acompañaba las mas de las tardes desde Errazu á la cruz de Izpegui.

—Y dime, dime, buen Damian; repuso Inés tomando la mano del muchacho, y procurando sonsacarle alguna cosa: ¿qué hace Felix en Bayona?

—¿Qué diablos sé yo? contestó el ex-monago, que gozaba lo infinito al notar la inquietud de Inés. ¿Pues qué no sabiais que estuviese en Bayona? Yo pensaba preguntaros...

—Pero dime al menos... interrumpió Inés con viveza.

—Yo decia para mí, prosiguió Damian desentendiéndose de la ansiedad de la jóven. ¿Qué diablos hará en Bayona mi amigo Felix? Se lo pregunté y no me lo quiso decir, y entonces pensé: ¡bah! Inés me lo dirá.

—¿Has concluido?

—Sí.

—¿Con que no sabes en qué se ocupa, los negocios que allí lo detienen?

—No sabiéndolo vos ¿cómo quereis que yo lo sepa? Yo creia que os hubiera comunicado su viaje y lo que lo motivaba.

—Pues mira, Damian, le dijo Inés con tristeza: tan ignorante estoy como tú.

—No me la pegas; pensó el rapaz.

—Y sin embargo, debia habérmelo comunicado; ¿no es verdad?

—Vaya: ocultarse así de sus amigos... de los que bien le quieren... porque yo creo, Inés, que vos le quereis mucho.

—Le quiero como á un amigo; contestó ruborizada.

—Por supuesto, así lo entiendo yo: dijo Damian con la mayor seriedad.

—Y... dime... prosiguió Inés con angustia: dime, amigo mio... ¿está solo?

—¿Cómo solo?

—Quiero decir, si no hay alguna persona con él.

—Yo no he visto á nadie.

La jóven miró á Damian con semblante mas tranquilo.

—A no ser que la señora Rosa... prosiguió el ex-monaguillo con malicia.

—¿La señora Rosa?

—Sí: la dueña de la casa donde se aloja Felix. Una viuda jóven aun.

—Válgame Dios, Damian.

—¿Qué hay?

—¿No ves que me hacen daño tus palabras? exclamó al fin Inés sollozando.

—Me habeis preguntado y yo he respondido. En todo caso, prosiguió levantándose, no ha sido mi ánimo causaros ningun disgusto.

—Así lo creo, Damian.

—Y lo mejor que podeis hacer es veniros conmigo á Urdós, pues se va haciendo tarde. Dejad á Felix que se las arregle con la señora Rosa, y no os acordeis de él ya que él no se acuerda de vos.

—Tienes razon, amigo mio: vamos á Urdós; contestó Inés maquinalmente.

Y ambos jóvenes prosiguieron su camino; ella mas triste que nunca: Damian mas alegre, merced á la satisfaccion que le causaba el castigo que acababa de imponer á la reserva que con él observaban los dos amantes.

—¡Pardiez! pensaba en sus adentros; os callais como unos mudos conmigo... tanto peor para vosotros.

Inés deseaba proseguir hablando de Felix, pero no encontraba un pretesto plausible para entablar de nuevo la conversacion con el ex-monaguillo. Pero ¿qué muger, por sencilla que sea, no idea medios para conseguir el objeto que se propone? Así fué, que apenas anduvieron un cuarto de hora, cuando la montañesa, dirigiendo de repente la palabra á su acompañante, le dijo:

—Por cierto, Damian, no parece sino que estamos reñidos. ¿Por qué no cantas aquel *zorrico* que tanto me ha gustado?

—¿Cuál?

—El que cantabas momentos antes de encontrarme.

—¿Os gusta de veras?

—Mucho, Damian: y luego como tienes una voz tan hermosa...

Damian cayó en el lazo, y empezó á cantar á voz en grito el famoso *zorrico de la paloma abandonada*.

—¿Quién ha compuesto esos versos? preguntó la jóven.

—No se: pero son muy bonitos.

—A mí me gustan mucho, repuso Inés: luego, tienen tanta analogia con lo que á mí me sucede...

—¿Es posible? preguntó á su vez el rapaz mirándola.

—Ya lo ves: yo soy la paloma...

—Y Felix el palomo; se apresuró á añadir Damian.

—Poco á poco, amigo: replicó Inés. El palomo aqui es mi padre.

—Ta, ta, ta: á otro perro con ese hueso.

—¿No lo crees?

—Yo creo lo que me conviene y nada mas.

—Pues por esta vez, malicioso, te has engañado.

—Bien podrá ser; pero yo no veo analogia alguna entre la paloma abandonada por su amante, y vos que no lo teneis.

—Es cierto; pero si no tengo amantes que me abandonen, tengo, ó mejor dicho, creia tener, amigos que se separan de mí de una manera poco conveniente.

—En cuanto á eso, Inés, os doy la razon. Yo no me hubiese comportado de esa manera.

—Luego, tambien mi padre me separa de su lado...

—Ya voy viendo que aqui quien os quiere bien soy yo.

—Y no estoy muy lejos de creerlo así.

—Nada perdereis con esa persuasion. A mí me tienen por un muchacho travieso, hablador y curioso; nadie quiere fiarse de mí, y á la verdad que hacen mal.

—Yo me fiaria de tí, Damian, si tuviese algun secreto; pero desgraciadamente...

—¡Diablo! ¿No es aquella madama de Brèssens? preguntó el rapaz cortando la conversacion, y mostrando á Inés con la mano á Carolina, que salia á su encuentro. Adios, adios; voy á entregarla un encargo que traigo para ella. Si me viese caminar con esta flemma, no me volveria á ocupar en su servicio. ¡Ah! exclamó de repente mirando á Inés; se me olvidaba lo mas esencial: ¿somos amigos?

—¿Y lo dudas?

—Pues en ese caso os voy á dar un consejo ¿lo seguireis?

—Con mucho gusto; tengo tan pocos que me aconsejen...
—Está bien: he aquí el consejo: cuando queráis saber noticias de Felix, no os dirijáis á mí: dirigiros mas bien á...
—¿A quién?
—A aquella: dijo señalando á Carolina.
—¿A madama...
—Eso es: á madama de Brèssens.

Y Damian sin esperar mas, saltando como un gato salvaje, se dirigió monte abajo al sitio en que se encontraba Carolina, muy inquieta con su tardanza y con la desaparición de Inés.

Quedóse esta inmóvil, mirando con ojos atónitos á Damian, que á pesar de sus saltos y veloz carrera, cantaba *el zorrico de la paloma abandonada*. Un rayo que hubiese caído á sus pies, no hubiera producido en ella el estupor que las palabras que acababa de oír. Entonces se presentaron de golpe á su memoria las reticencias de Felix: sus constantes negativas á satisfacer los deseos de su amada, que se reducían á saber el nombre de la rica dama que tanto le protegía; descubrióse al fin el secreto; pero se descorrió aquel velo de una manera tan brusca, tan inesperada, que la hizo daño: mil ideas confusas, cruzaron por su mente; presentáronse á su imaginación la belleza de Carolina, su juventud, sus riquezas, su carácter, que empezaba á conocer en los días que vivía en su compañía: las palabras de Damian sonaban en su oído de una manera siniestra, y al cabo de largo rato de una inmovilidad completa, tapóse el rostro con las manos, y sin poder todavía discernir la naturaleza de los pesares que sufría, y de los males que para ella podrían sobrevenir, exclamó con acento dolorido:

—¡Oh! ¡Soy muy desgraciada!
En aquel instante Carolina la llamaba á voces. La joven levantó la cabeza y se dirigió maquinalmente al sitio en que se encontraba Mad. de Brèssens.

CAPITULO XI.

EN QUE DAMIAN HIZO HABLAR A UN MUDO, Y ENDEREZARSE A UN CORCOBADO.

El coronel d'Herville, ó séase German, el mayordomo de Mad. de Brèssens, estaba en su aposento escribiendo. De vez en cuando dejaba la pluma y se asomaba á la ventana que caía al bosque, y después de registrar cuidadosamente las cercanías, tornaba á su ocupación denotando bastante disgusto.

—Las once, y todavía no parece: murmuraba mirando á un reloj colocado en la pared. ¿Le habrá sucedido algun percance?

Y hablando de esta manera, proseguía su tarea. Luego apoyaba la cabeza en sus manos y quedábase pensativo: una sonrisa equívoca resbalaba por sus labios, brillaban sus ojos de una manera extraña, y al cabo de algun tiempo murmuraba pasándose la mano por la frente como si quisiera desechar algun pensamiento importuno:

—Malo es estar enamorado para conspirar. ¡Siempre ella! y á la verdad, que no sé cómo diablos ha podido apoderarse de mí con tal tenacidad semejante idea. Apenas pienso en otra cosa. Apuesto que al leer este documento, mis amigos de Londres conocerán que no estoy en caja: yo que tan lacónico y preciso he sido en mis comunicaciones, me he vuelto pesado, y en demasia difuso...

Y se puso á escribir de nuevo. Dieron las doce en el reloj, y cuando con un nuevo movimiento de impaciencia se levantaba para aproximarse á la ventana, oyó unos golpes en la puerta de su aposento.

—¿Quién llama? preguntó.
—Soy yo, señor German; contestaron desde afuera.
German se encasquetó una peluca que tenía sobre la mesa, y con la cual parecía una docena de años mas viejo, encorvó algun tanto su cuerpo y se dirigió á abrir la puerta. Nuestro ex-monago entró por ella, soplando y haciendo como que se enjugaba el sudor del rostro.

German lo tomó del brazo y lo colocó frente al reloj diciéndole lacónicamente:

—Las doce.
—Ya lo veo, contestó Damian; pero el camino es largo y en él he tenido tropiezos.
—¿Qué tropiezos, tunante?
—Primero: repuso con flemma el rapaz: he tropezado con Inés.

—¿Ah! ¿En dónde?
—Junto al puerto. Segundo...
—¿Junto al puerto? ¿Y qué hacia en aquel sitio? interrumpió German.

—Volví de acompañar á su padre. Segundo...
—¿A su padre? No le he visto.
—Ni yo tampoco. Pero no me interrumpáis, añadió Damian. Parece que os vuelve la facultad de hablar, lo cual no deja de ser extraño. Segundo tropiezo: Mad. de Brèssens.

—Bien.
—Y aquí me teneis molido de tanto caminar.
—¿Noticias? preguntó German.
—Pocas: contestó el ex-monago observando el mismo sistema lacónico de su interlocutor.

—¿Carta?
Damian metió la mano en un ancho bolsillo interior de su chaqueton de paño pardo, y entregó á d'Herville un pliego cerrado.

Mientras el mayordomo lo leía, el ex-monago murmuraba:

—Yo te he de hacer hablar, ó no me llamo Damian: y comenzó á silbar y á mecarse en la silla.

German, le miró y colocando el dedo índice sobre sus labios, le indicó que guardase silencio.

—Si, sí: en eso estoy pensando, dijo Damian para sus adentros.

Y dejando de silbar, cerró los ojos y al poco rato temblaba el pavimento con sus sonoros ronquidos.

Este ruido de nuevo género hizo volver la cabeza al mayordomo, que alejándose del dormido, fué al otro extremo del aposento á concluir la lectura del pliego. Esta maniobra la observó el rapaz que no dormía mas que con un ojo, y en consecuencia elevó el diapason de su música nasal.

German que había concluido ya, se acercó á Damian y agarrándole por el brazo le gritó:

—¡Dormilon!

Despertóse el rapaz, restregóse los ojos, bostezó, y mirando á su interlocutor, preguntó:

—¿Qué se ofrece?
—Noticias.
—Ya os dije que pocas.
—Veamos.
—Preguntad.
—¿Napoleon?
—En Paris.
—¿Tropas?
—¿En dónde?
—En Bayona.
—Muchas.
—¿Cuántas?
—Ocho mil.

German se quedó mirando de hito en hito al antiguo monaguillo: notó en los ojos de este tanta malicia, adivinó tantas cosas en la sonrisa casi imperceptible que contraía su labio superior, que no pudo menos de echarse á reír:

—Vamos, Damian, le dijo: ya veo que eres mas de lo que parecés.

—¡Oh! ¡Oh! exclamó el muchacho tapándose las orejas. ¡Cuánto habláis señor German!

—Vaya, vaya, dejemos aspavientos á un lado, y vamos á lo que importa. ¿Entregaste mi carta?

—En propias manos.

—¿Y después?

—Después he hecho muchas cosas. Primera, no decir nada de nuestros asuntos á Felix...

—¿De nuestros asuntos has dicho?

—Pues: de nuestros asuntos: ¿no los desempeñamos á medias?

—Es verdad; contestó German cada vez mas admirado de la audacia, travesura y aplomo de aquel rapaz.

—Y eso que formó tal empeño en sonsacarme, que casi, casi...

—¡Oiga! ¿Con que tan curioso es? Yo no lo creía así.

—Generalmente hablando, los hombres son al revés de lo que parecen: observó Damian con gravedad y mirando con intención al mayordomo.

—¿Es epigrama? preguntó éste fijando mas y mas su atención en el mancebo.

—Tal vez: vos por ejemplo, que parecíais un mudo, hablais ahora por los codos.

—Vamos, no está mal dicho: replicó German riéndose. ¿Y no has observado otra cosa?

—Quién sabe: pero por ahora no se trata de lo que yo haya podido observar en vos, sino de lo que he hecho en Bayona.

—Es verdad: prosigue.

—He entregado la carta que me dió madama para él.

—Adelante.

—Después... Pero ahora entra lo bueno.

—Después, ¿qué?

—Después he colgado mi sobrepelliz de monaguillo, entre mi palo y mis alforjas.

—No te entiendo, Damian.

—Ya me ireis comprendiendo: como digo, he colgado todos los atributos de mi antiguo oficio, y he abrazado una profesión que me cuadra mejor.

—¿Qué profesion es esa? preguntó German á quien entretenía sobremanera la conversacion del ex-monago.

—La profesion militar: dijo Damian poniéndose en pie y tomando una actitud marcial.

—Ahora te entiendo menos.

—Pues bien claro me esplico: soy soldado: ó lo que es lo mismo, lo seré en breve.

—¿Soldado tú?

—Sí, yo: en el segundo batallón del cincuenta y siete de linea.

El mayordomo vió que su interlocutor hablaba de veras, y comenzó á alarmarse con el giro que iba tomando la conversacion y con las noticias del muchacho.

—¿Hablas de veras?

—Tan de veras: pero no solo soy soldado, sino que ademá me he comprometido á entrar al servicio del gefe del batallón.

Esta vez German se alarmó de hecho, y acercándose á Damian le dijo:

—Es decir que ya sirves á las órdenes del emperador.

—Y á las del comandante Bertholon: añadió el muchacho.

El ex-coronel palideció al oír aquellas palabras, y murmuró mirando á Damian:

—¿Habré cometido alguna torpeza en fiarme de este diablillo?

—¿No aprobáis mi determinacion, señor German? le preguntó sonriéndose.

—Supongo que habrás tenido tus motivos para ello.

—Ya lo creo que he tenido mis motivos. Me dijisteis hace cosa de un mes: recuerdo que fué el día inmediato á aquel en que tan buen baño me disteis.

—¿Que es lo que te dije?

—«Damian, tú no sirves para gran cosa.»—Probádmelos antes, os contesté.—«¿Puedo fiarme de tí?»—Es lo mejor que podéis hacer: os volví á contestar.—«¿Quieres encargarte de hacer viajes á Bayona por mi cuenta?»—Desde luego.—«¿Eres amigo de los franceses?»—Los detesto. Y al otro día ya era portador de vuestras cartas. ¿No pasó esto entre vos y yo?

—Tienes excelente memoria: prosigue.

—Calculando yo que si fuérais adicto á Napoleon, no confiarais nuestros asuntos á quien fuese su contrario, dije para mí: el señor German es uno de esos emigrados de quienes tanto he oído hablar, y que odian al corso mas que los ingleses.

El mayordomo miró casi asustado á aquel joven de diez y seis años en quien descubría mas penetración de lo que deseaba.

—Una vez convencido de esto, prosiguió Damian, y para asegurarme mas, abrí con mucha cautela vuestra carta, y...

—¿Abriste mi carta? preguntó d'Herville dirigiéndose al cajón de su mesa.

—Y la lei: añadió el rapaz sin inmutarse.

—¡Desgraciado!!! exclamó el coronel dando un paso hácia él.

—Entonces, prosiguió Damian con la misma calma, comprendí que conspirabais, y yo me propuse ayudarlos.

D'Herville cada vez mas admirado de lo que oía, se quedó parado en medio del aposento.

—Púseme á pensar el modo de seros mas útil, y nada encontré mejor que colocarme al servicio del gefe de parte de las tropas que entrarán en España antes de ocho días: y así lo he hecho.

German nada dijo: empezó á pasearse en el aposento como hombre que ha calculado bajo falsas bases. Lo que Damian acababa de comunicarle, preocupaba de tal manera al mayordomo, que sin pensar en lo que hacia, fué enderezando su cuerpo, dió movimientos mas vivos á sus piernas, y con grande asombro del ex-monago que observaba tan notable mudanza, parábase á veces en ademan pensativo y fijaba una penetrante mirada en el molettudo rostro del recluta.

—¡Oh, oh! murmuraba Damian; parece que el señor German no es tan viejo como aparenta... Pardiez, que ahora se endereza y desaparece su giba... ¡Cáspita! Y sus piernas no tiemblan segun costumbre... ni su mirada es la de otras veces...

Y Damian en medio de estas observaciones no dejaba de mecarse en su silla, ni su sonrisa picaresca desaparecía.

El paseo silencioso de d'Herville se prolongaba demasiado: el ex-monago tenía hambre y no era hombre capaz de pararse en niñerías cuando su estómago le pedía alguna cosa: cansado de esperar, levantóse y se dispuso á salir de la estancia.

—¿A dónde vas? le preguntó German interceptándole el paso.

—A comer: contestó. Tengo hambre y estoy cansado.

—Aguarda un poco, hijo mio: tenemos que ajustar antes una cuenta.

—Que sea pronto, porque me caigo de necesidad.

—Escúchame con atencion, Damian: dijo entonces el mayordomo haciendo sentar de nuevo á su interlocutor. Tú has sorprendido un secreto de mucha importancia; has abusado de mi confianza, y yo, por medida de precaucion, debía alejarte de aquí ó levantarte la tapa de los sesos con esto...

Y al mismo tiempo le mostró un par de pistolas ricamente cinceladas. Damian dió un salto al verlas y se puso pálido.

—No lo verifico, prosiguió metiendo las pistolas en el cajón de la mesa, porque creo en efecto que te prestas de buena fé á servirme y servir á tu país: bueno es que sepas que mi causa y la de España es idéntica. Te hablo así, porque conozco lo que vales, porque conozco hasta donde alcanza tu penetración, y porque puedes hacer mucho por todos nosotros. Ahora voy á decirte otra cosa: de hoy mas, cuidado con lo que hablas...

—Callaré como un mudo, señor German; se apresuró á decir el rapaz á quien no se le había pasado el susto.

—Bien está. Además, te dispense el que ejerzas tu curiosidad respecto á mí; pero al mismo tiempo te encargo mires con cien ojos todo lo que pasa entre los demas.

—Así lo haré.

—Muy bien. Es necesario además que todo, ¿entiendes? todo lo que veas ó oigas sea entre las personas de esta casa y los que la visitan, sea entre las tropas de Bayona, me lo comuniquéis inmediatamente.

—Eso ya me lo teneis encargado anteriormente.

—Nunca están demas esos encargos. Desde hoy pongo toda mi confianza en tí: mucho puedes; mucho sabes; tal vez mas de lo que conviene á tí y á mí: aprovecha esas buenas disposiciones Damian: si cumples bien, podrás hacer tu suerte; si no, ya sabes que tengo un par de pistolas y que te mataré como á un perro.

—Dios mio: perded cuidado, señor German: dijo el muchacho temblando.

—Así lo espero: toma por ahora; prosiguió el mayordomo dándole algunas monedas de oro. En adelante tendrás cuanto quieras: nada te faltará. Sobre todo, punto en boca acerca de cuanto ha pasado entre nosotros.

—En cuanto á eso...

—Bien, bien. Si quieres puedes marchar á comer; pero no dejes de venir á verme á menudo. ni de hablar mal de mí á cuantos quieran oírte. Espera; añadió viendo que Damian se preparaba á salir. ¿Me has dicho que dentro de pocos días salen tropas de Bayona para España?

—Es la verdad.

—¿Sabes á dónde se dirigen?

—Todavía no, pero puedo saberlo.

—Indágalo pronto y dame aviso de ello. ¿Tu nuevo amo es de los que entran ó van á entrar en España?

—Sí, señor German.

Este se puso á pasear de nuevo, y después de algun tiempo le dijo al ex-monago.

—Eres un excelente muchacho. Prepárate á marchar mañana de nuevo á Bayona.

—Cuando queráis, señor.

—Antes vendrás á verme.

—¿A qué hora?

—Esta noche á las doce.

—No faltaré.

—Por la ventana ¿entiendes?

—Como siempre.

—Eso es: descansa y come.

Damian salió, é hizo propósito de obedecer en todo y por todo al mayordomo, á quien cobró un miedo terrible y un ca-

riño repentino.

(Se continuará.)

J. M. GOIZUETA.

La duquesa de Angulema que murió en octubre de 1851, ha dejado unos apuntes sumamente interesantes relativos á los últimos momentos de Luis XVI, padre de la augusta difunta, con su desconsolada familia antes de abandonarla para marchar al patíbulo. A su nieto el conde de Chambord ha dejado su escasa fortuna, que aun ascendía á unos ocho millones de reales.

MELLADO.

Establecimiento tipográfica calle de Santa Teresa, número 8.

Tipos orientales.

Una tienda en Constantinopla.



Barbero armenio.



Café sobre el Bósforo.



Mugeres turcas en un cementerio